

CDD 060.72.

DISCURSOS

De los Exmos. Señores

071020, *1856 - 1918* *8nao*
L. Marroquín é I. Mariscal, *1829*.

EN LA ACADEMIA MEXICANA
DE LA LENGUA.



MÉXICO

IMP. DE FRANCISCO DIAZ DE LEON

Cinco de Mayo y callej. de Sta. Clara.

1899

SEÑOR DIRECTOR:

SEÑORES ACADÉMICOS:

No puedo menos de aprovechar la ocasión en que, como correspondiente de la Real Academia española de la Lengua, asisto por primera vez á las reuniones de la Mexicana para manifestar mi reconocimiento por el honor que recibo ocupando puesto entre vosotros, y mi entusiasmo por la significación y trascendencia de las labores de la Academia. Ella estrecha vínculos y vivifica sentimientos de confraternidad, crea civilizadoras corrientes intelectuales, y da gloria y largo

aliento á la lengua que parece estar unida al destino de los pueblos americanos que se sirven de ella. A tal satisfacción, es cierto, se mezcla una gota de amargura, por no poder revestir mi pensamiento con las galas con que tan generosamente brinda nuestro idioma á los que, como vosotros, saben dominarlo y usar de sus brillantes atavíos é inagotables riquezas. Así, desnudas y desgarradas van mis palabras, suplicándoos las aceptéis como buenas, y las hagáis llegar á los Señores Académicos propietarios de los sillones que encuentro vacíos.

¡Cuánto son laudables los esfuerzos que se hacen en esta Academia por fomentar el estudio de la lengua, de las bellas letras y las ciencias; cuán trascendentes y fecundos los que tiendan á estrechar relaciones entre ésta y las demás Academias de la lengua de todos los países hispano-americanos!

Son los vínculos comerciales, según las

necesidades y el criterio de nuestros tiempos, los más poderosos que puedan unir á las naciones: ya que ellos no pueden crearse entre esos países, sino lentamente y venciendo graves dificultades y tropiezos, echemos otros, más débiles acaso, pero menos expuestos á vaivenes y desastres, activando los cambios de los productos de la inteligencia.

Admiro en esta Academia, así como en otras de Hispano-América, hombres que han ilustrado las letras y las ciencias y á quienes la Patria ha concedido, al par que su estimación y reconocimiento, la dirección de sus destinos. El día en que esas notoriedades se conozcan mejor, se tributen mutua estimación y se tiendan la mano por encima de mares y de montes, se habrá formado recia cadena de amistades que no oxidará el tiempo, ni mellarán los embates de contrarios intereses, ni romperán los recelos y desave-

nencias, amargos como querellas de hermanos, que suelen dividirnos. Se levantarán las esclusas que cierran el paso á sentimientos de confraternidad palpitantes de extremo á extremo, desde México hasta los apartados términos de Chile.

La Academia Mexicana, al abrir por medio de activas y constantes relaciones literarias, cauce á la poderosa corriente, será gran parte á la realización de un noble anhelo, de un alto pensamiento expresado por uno de vosotros, y cuyas palabras tienen la triple autoridad del talento, la competencia y la simpatía.

“México está llamado á ser, dice el Sr. Francisco Sosa, no nada más que un pueblo que se gobierna por sí solo, sino el centro de unión y el centinela avanzado de la raza latina en el Continente por Colón descubierta; mas no llenará en la historia tan grandes fines, si desentendiéndose de su misión

y menospreciando el peligro, se afsla de los Estados que profesan sus mismos principios, hablan su propio idioma y sienten correr por sus venas la misma sangre.”¹

La civilización americana ha tenido que transitar por vías singulares al par que har- to escarpadas y tortuosas. Nacimos á la vi- da independiente ávidos de libertad, de ilus- tración y de progreso, pero débiles y enclen- ques para la lucha; fuimos niños á quienes se arrojó de la cuna para que alcanzaran en horas, alturas no coronadas sino en si- glos por maduras naciones europeas. Aisla- dos durante la época de la Colonia, del mo- vimiento intelectual del mundo, luz desco- nocida y radiante, al romperse súbitamente los cendales, nos cegó los ojos, mal acos- tumbrados á sus resplandores; y hemos an- dado á tientas, cayendo y levantando, des-

¹ Discurso pronunciado el 16 de Septiembre de 1886, 76º ani- versario de la Independencia, por Francisco Sosa.

trozándonos las manos y desgarrándonos los pies, en estériles jornadas, señalando el camino con regueros de sangre.

Ni han podido andar juntos, ni con paso paralelo y armónico, el progreso material y el progreso intelectual, en el ofuscamiento: marca éste á veces altísimo nivel, cuando el otro á malas penas alcanza á verse. Hoy, cuando cada cual pide su parte de sol, cuando se exigen con ímpetu desapoderado los goces y facilidades de la vida, el progreso intelectual ha llegado á considerarse como innecesario, y acaso como pernicioso: se lucha no por la vida sino por la riqueza; ella es el supremo fin de la existencia y el resorte sensible que la mueve: en el afán de conseguirla, se rompen los vínculos de la familia y de la patria; el batallar es de día en día más rudo y enconado, los vencidos caen en silencio y se levantan maltrechos y asendereados, á continuar de nuevo la pe-

lea; el vencedor sigue adelante hollando cadáveres sin cuidarse de su número, ni de la piedra en que habrá de tropezar, ni del abismo que podrá devorarlo.

Las ciencias y las letras se refugian entonces en asilos como éste, en que el alto vocerío de afuera es como murmullo, en que los golpes y el afanar de los combatientes quedan ignorados, en que las olas de rapacidad y de codicia caen y expiran sordamente á los pies de los muros que el seguro circundan.

Roto el paralelismo entre los dos movimientos, de instituciones como la Academia mexicana de la lengua, brotan raudales de intelectualidad que suavizan las asperezas de la lucha exterior, vivifican los entendimientos entumecidos ó moribundos, los sacuden, los agitan, los fecundan y les hacen producir frutos exquisitos y succulentos. De instituciones tales se grita el *sursum* á los

pueblos cuando se descaminan ó decaen; y así se restablece el equilibrio entre el adelanto material y el intelectual, síntoma el más seguro de civilización y de progreso sólidos, constantes, definitivos.

Cuánto debe agradeceros el patriotismo, cuánto nuestra raza toda, por el ahinco que ponéis en limpiar el idioma, fijarlo y darle esplendores. Vosotros lo defendéis, no de la adopción de giros ó vocablos que el pueblo con instinto certero inventa acomodando el lenguaje á su carácter, á sus costumbres, á sus necesidades; sino de la invasión importuna de modismos extranjeros, del enriquecimiento por medio de préstamos tan innecesarios como menguados, y que manifiestan indigencia, no del idioma, sino de quien lo usa á mal usar.

Pues cuál hay más rico y abundante, más armonioso y expresivo que el hablar castellano! Así dice los tenues movimientos, las

violentas sacudidas del alma, como vierte concisamente fórmulas frías y complicadas concepciones científicas.

Tiene silbidos de serpiente, gorgeos de avecilla, bramidos de huracán. Puede el pensamiento tomar de él, como de inexhausto guardarropa, grana y armiño ó paños funerales; y vestir de majestad y de arrogancia ó de lobreguez y de tristezas.

Intima con el pensamiento, se hermana, se compenetra con él, y brota la frase inmortal y triunfante, infundible en el molde de otro idioma.

Es él como rugido, en el mandar de los ejércitos; como un arrullo, en amorosos cantos; torrente sonoro, en las tempestades del parlamento y del foro; himno solemne y conmovedor, en la cátedra sagrada.

De nuestro idioma, como de máquina de guerra, pueden arrojarse la rabia estrepitosa, el sarcasmo desgarrador y agudo, ó

modularse como en encantada lira, tristezas ignotas y dulces melancolías. Agil y elástico, vigoroso y opulento como el que más, lo mismo ensalza y acaricia que confunde y abofetea.

En él, hemos murmurado nosotros, mal despiertos á la vida, incipientes sensaciones, y preludiado más tarde nuestro primer beso; en él, nos bendijeron nuestros padres y habrán de orar por nosotros cuando muertos.

En él, gritaron independencia ó muerte los pueblos americanos; guió sus héroes al combate, prestó sus acentos para entonar loores al vencedor y para recordar á los muertos y derramar lágrimas y flores sobre sus tumbas.

El, ha llevado la luz que brota de las inteligencias hispano-americanas; amigo de nuestra infancia nacional, compañero de las amarguras y desastres de la juventud; vin-

culado á los recuerdos patrios, será el molde en que se fundan los hechos venturosos de mejores días, la madre cariñosa que llevará en sus brazos y difundirá por el mundo nuestros adelantos y nuestros triunfos.

La amalgama de los idiomas nos cuenta mejor que pudieran hacerlo ruinas y monumentos, la terminación de las sociedades, las asperezas y suavidades de las costumbres, las conquistas sangrientas ó pacíficas, la fusión ó la preponderancia de pueblos y de razas.

Sólo las inferiores y vencidas permiten tomar el lugar del patrio idioma á los extranjeros, cuando suena en el reloj de su historia, la hora de debilidad y de decadencia.

Así vemos sobre el jónico y el dórico predominar el ático, dialecto de Atenas, que impone á toda la Grecia su idioma, así como al mundo el canon inmutable de la belleza. Las lenguas romances toman por base el

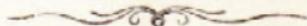
idioma de los dueños del mundo, á pesar de haberse formado después de la invasión de los bárbaros; el inglés y el normando se funden; al par que el español y el árabe, como dos campeones indomables permanecen frente á frente, sin ceder un palmo al contrario. El inglés en el norte, el castellano en el centro y en el sur, substituyen por completo el idioma de los aborígenes americanos; por todo el continente los indios pierden con el idioma la propiedad del terruño, la importancia social y la dirección de los negocios públicos. Si algún día, y yo espero en Dios que no llegue nunca, desaparece el castellano de los pueblos que descubrió Colón, será porque nuestros descendientes ocupan ante los vencedores la misma posición que los aborígenes sud-americanos para con los conquistadores españoles.

Pero no será: si los penachos blancos de las locomotoras; si otros elementos de civi-

lización se ven detenidos en algunos países de América-Latina por montañas inaccesibles, por marjales infectos, por hidrójicos ríos, por la naturaleza indomable; la inteligencia, espaciándose sin trabas ni ligaduras, por mundos ilimitados, ha tejido las filigranas de la poesía, levantado catedrales de historia, capitolios de literatura, pirámides de ciencia. Cierto que España nos legó la lengua ya formada y perfecta, enriquecida é ilustrada, y con ella sus maestros y modelos inmortales. Pero cierto también que América supo recoger la inapreciable herencia y alzar con ella monumentos que vivirán mientras no naufrague el sentimiento de lo grande y de lo bello. Y cierto asimismo que América libre, hace, en un año, lo que no se hizo en siglos de régimen colonial, en lo que á Letras y Ciencias se refiere.

Así, cuantos en ella dan á la lengua lustre y esplendores, trabajan por el engrandeci-

miento y libertad del continente: todos, desde los más humildes hasta los más egregios, concurren á hacer del patrio idioma como baluarte inexpugnable, ó bien así, como enseña victoriosa, en torno de la cual se apiñen pueblos que serán tanto más fuertes cuanto más unidos.



SEÑORES:

Aunque ya el Sr. Marroquín ha sido presentado á la Academia por nuestro Presidente, y lo que es más, ha hecho él mismo su presentación de una manera brillante por medio del discurso que acabamos de oírle, yo quiero decir dos palabras para dar á conocer á este simpático representante de una República, hermana carnal de la nuestra, y cuyo nombre recuerda al descubridor del Nuevo Mundo. Bien sabéis que la

República de Colombia, sobre todo si se toma en cuenta su antiguo territorio, no sólo ha sido cuna del gran Bolívar, sino de otros muchos patriotas, guerreros y literatos de esclarecido renombre. En el drama grandioso de la independencia sud-americana, Colombia fué, sin duda, la nación protagonista. Hoy, por su cultura intelectual, suele apellidarse la Atenas de Sud-América, y aun podría decirse que lo es de la América española. Para esta Academia en que tratamos de cultivar la lengua castellana, tiene Colombia la especial recomendación de ser en todo el Continente Americano, el país donde mejor se habla y escribe la lengua de Cervantes y de Herrera.

En lo personal, el Sr. Marroquín, aunque tan joven, es un distinguido Senador colombiano, literato muy favorablemente conocido en su país y fuera de él, cuyo mérito podemos apreciar desde luego por su elocuente y bien pensada alocución. Es, además, señores, hijo de un ilustre patriota, estadista y hombre de letras, actual Vicepresidente de aquella República, á menudo encargado de la primera magistratura, porque allí el Presidente, persona de gran mérito, es un anciano venerable de más de ochenta años.

Hoy, el Sr. Marroquín, correspondiente en su patria de la Academia española, ha venido á establecer con la nuestra breves pero gratísimas relacio-

nes. Breves he dicho, porque desgraciadamente está á punto de alejarse de nuestro país. ¡Ojalá que vuelva pronto á México, y en todo caso que lleve de su Gobierno, de sus habitantes, y en particular de los que lo rodeamos, un recuerdo tan grato y duradero como el que deja entre nosotros!

